



Revista de Artes y Humanidades UNICA
Año 5 N° 10 / Mayo - Agosto 2004, pp. 188-194
Universidad Católica Cecilio Acosta • ISSN: 1317-102X

De la universidad a la multiversidad: retos y desafíos del siglo XXI

LOMBARDI, Angel

*Universidad Católica Cecilio Acosta
Rectorado. unica@telcel.net.ve*

La universidad frente al cambio

El “cambio” es el elemento dominante de la “vida social e individual, aunque los individuos así como la vida social tienden a permanecer y repetirse a sí mismos. En los últimos tiempos, el proceso tecnocientífico ha creado una “aceleración histórica” creciente, produciendo en muchos casos, inestabilidad y temores. Si lo anterior es cierto, el “cambio” es inevitable y la mejor respuesta es asumirlo, propulsarlo y adaptarse. Decirlo es fácil, hacerlo no lo es tanto. Nuestras mentalidades e intereses, usos y costumbres conspiran contra ello.

De manera natural, la “inercia” tiende a negar y oponerse a la “dinámica”; así sucede con los seres humanos y con las estructuras e instituciones. Es el caso de la Educación Superior y de las Universidades, se proclama el cambio como necesidad; se elabora y desarrolla el discurso del cambio, pero en el fondo se trabaja casi siempre en la dirección de cambiar para no cambiar, a menos que las necesidades y fuerzas objetivas de la ciencia y la realidad hagan al cambio inevitable y necesario.

En ese caso, aunque frenado, nadie lo puede detener y es lo que está sucediendo en este azaroso comienzo de siglo. El cambio va en todos los órdenes y direcciones. De allí que no hay otra alternativa que asumirlo y orientarlo, al ritmo adecuado, en la dirección correcta y siempre al servicio de la promoción y el desarrollo hu-

mano. Es lo que están intentando las Universidades del mundo. En 1998, en París, convocadas por la UNESCO, así fue establecido y proclamado con las palabras “Excelencia y Pertinencia”.

Las Universidades Católicas convocadas por la Federación Internacional de Universidades Católicas (FIUC), reunidas en el 2000 en Roma y en el 2003 en Uganda, llegaron a la misma conclusión urgida por las mismas realidades. La Unión Europea, también en el 2000, creó una comisión para reformar e integrar todo el sistema de Educación Superior y Universitario de la Comunidad —con un informe final, previsto para el 2010, (TUNING Educational Structures in Europa)— con la cual intentan responder, igualmente, a estas urgencias.

En octubre de 2004 se está convocando en Barcelona, España, una Conferencia Internacional sobre Educación Superior, por la Global University Network for Innovation (GUNI) y cuyo tema central es el compromiso social de la Universidad. Para el 2005, la International Association of University President (IAUP) está convocando, en Tailandia, su XIV Conferencia, con el tema de los “Cambios Globales” y el papel de la Educación Superior. La lista de convocatorias podría alargarse casi hasta el infinito, y ello de manera permanente, ya que el mundo, como nunca, ha asumido el futuro y el cambio casi como el único tema y tiempo real de la historia.

Nuevo paradigma educativo

El nuevo paradigma educativo formulado de manera oficial por la UNESCO en 1968, expresaba y asumía que el ser humano nace y vive para APRENDER A SER y este aprendizaje, que nunca se interrumpe solo termina con la muerte. Aprender a Ser; aprender a hacer, aprender a aprender, aprender a repetir y a innovar; aprender a desarrollarse, en una “mayéutica” permanentemente renovada, son algunos de los postulados que tratan de expresar estos nuevos paradigmas y que tienen que ver con la calidad y el incremento de acceso al empleo y a la ciudadanía responsable.

“Excelencia y Pertinencia”, era la fórmula mágica de la nueva educación que el mundo se aprestaba a conquistar y que permi-

tiera propiciar el cambio y participar de él. “Excelencia y Pertinencia” son dos conceptos que nunca se agotan. Es el deber ser de la Universidad: nunca conformarse con menos a lo mejor y nunca descontextualizarse.

La Universidad es una cronotopia —tiempo y espacio concreto— un tiempo que fluye y un espacio que se modifica permanentemente. Igualmente, la Universidad implica una sociedad y una cultura determinada y una historia que la define. Los temas y tareas de la Universidad de hoy, siguen siendo el problema del financiamiento, el currículo, el modelo gerencial-administrativo y, lógicamente, el *reto* tecnológico y la integración institucional, hacia adentro (permeando y modificando estructuras demasiado rígidas) y hacia fuera (relacionándose e integrándose a espacios nacionales e internacionales, cada vez más dinámicos e integrados).

La Universidad Moderna, según la UNESCO, ofrece y administra aproximadamente 42.000 disciplinas que abarcan todos los campos del saber, lo que convierte al sistema de Facultades, Escuelas y Departamentos en ineficientes y anacrónicos y obliga a ensayar nuevos modelos de organización académica, más eficientes y flexibles. Diez mil instituciones de Educación Superior, aproximadamente, cubren el planeta, públicas y privadas; en proceso de transnacionalización indetenible la mayoría de ellas, y todas afrontando el reto de la equidad y la calidad.

En América Latina, esta realidad es particularmente dramática ya que apenas el 20% de la población tiene acceso a la Educación Superior —frente a un 50 ó 70% del mundo desarrollado— y en donde los niveles de excelencia académica en muchos casos están fuertemente cuestionados, con un estudiantado asediado por las múltiples carencias sociales y culturales del continente, y en donde buena parte del profesorado ha tenido que improvisarse frente al crecimiento acelerado y aluvional de la matrícula. El postgrado de primer nivel y la acreditación seria son procesos que apenas comienzan; y la productividad académica y científica siguen siendo muy bajas, menos del 2% de toda la innovación científico-técnica del mundo.

Nuestras universidades públicas se encuentran altamente burocratizadas y con distorsiones clientelares y políticas importantes. El gobierno y gobernabilidad en las universidades tienen que ver mucho más con el mantenimiento del “status quo” y el pasado, que con el cambio y el futuro; mientras muchas de las universidades privadas sucumben a la tentación del lucro.

La Universidad está retada en todos los frentes por los desafíos del siglo XXI y la necesidad imperiosa de asumir activamente, desde su especificidad, la lucha por un mundo en paz y solidario, con garantías absolutas para los derechos humanos y la conservación de nuestro planeta.

La Universidad —que por definición es ecuménica— nunca más universal que ahora, heredera directa de mil años de cultura y civilización; nunca más urgida y comprometida, desde la ciencia y la cultura, con el destino global de toda la humanidad. Han sido mil años de endogamia y enclaustramiento. El mundo exterior, si no era rechazado, era mirado y asumido con desconfianza. Apenas en los comienzos del siglo XIX se intenta la reforma a fondo del modelo universitario tradicional-medieval, el llamado modelo universitario alemán, que privilegia la investigación, y el modelo francés, que se concentra en la formación de los profesionales que el Estado y la Sociedad demandan. Ambos sistemas y modelos se mezclan y entrecruzan, a lo largo de estos últimos 200 años, y van configurando y definiendo a la Universidad Moderna con sus tres funciones clásicas de Docencia, Investigación y Extensión.

Como modelos históricos están fuertemente influenciados por las realidades nacionales y locales. En América Latina, el modelo francés domina absolutamente y eso explica la crítica reiterada a nuestras universidades como fábrica de profesionales y nuestro pobre desempeño en el campo de la investigación. Nuestro modelo universitario luce definitivamente agotado: ineficiente en su funcionamiento e insuficiente en sus resultados. El modelo pedagógico tiende a ser anacrónico. El currículo es una hojarasca llena de ruidos más que de resultados; frondoso y teórico, usualmente

LOMBARDI, Angel

lejos y de espaldas a la realidad; nuestro egresado, por su parte, sigue dependiente más de sí mismo que de la formación recibida.

Hemos sido muy hábiles en el discurso y en la retórica de la reforma universitaria, pero con resultados débiles e insuficientes. A todo esto se referían las muchas críticas del modelo universitario latinoamericano, y entre nosotros E. Mayz Vallenilla, allá en los lejanos 80 del siglo XX, cuando publicó su libro *El ocaso de las universidades*.

La extensión universitaria

La Extensión es una palabra equívoca y multiabarcante, de muchos significados y aplicaciones posibles. Entre nosotros, la Extensión Universitaria se ha definido básicamente como el compromiso político y social de la Universidad; un concepto progresista de la política y la lucha social. La Universidad tenía que propiciar y ayudar al cambio en todos los órdenes de nuestro sistema político, social y económico, tradicionalmente atrasado.

Hoy la Extensión Universitaria trata de redefinirse sobre y en relación a las tres funciones señaladas. Con el egresado, hacemos extensión permanente a través de su desempeño profesional, técnico y científico; a través de la investigación influimos de manera decisiva en la solución de nuestros problemas y problemáticas en todos los campos y, por último, en la Extensión propiamente dicha, definimos y creamos un marco conceptual y operativo de aquellas realidades que más nos preocupan, en el orden de nuestra contribución universitaria específica y concreta, a problemas puntuales de nuestras sociedades. Así es como hoy se han desarrollado diversas tesis y marcos conceptuales que pueden muy bien resumirse en las ideas y principios generales de la ética, el desarrollo, la protección del medio ambiente y, en general, del llamado capital social que posibilita y representa la verdadera riqueza de las naciones.

La universidad postmoderna

Muchos autores concuerdan en la idea o postulado según el cual el siglo XXI será exitoso en términos de humanidad y humanismo en la misma medida que subordinemos la política, la economía y la ciencia a la Ética. La Extensión, en su sentido más amplio y ambicioso, formaría parte de este programa o Paideia de la Universidad postmoderna. A pesar de ello, aún vivimos en la modernidad sin saber exactamente de qué estamos hablando: es la conciencia del Fausto que naufraga. En internet, 159.000 páginas en inglés y 47.900 en español, tratan de definir la modernidad sin lograrlo plenamente, cuando en el siglo XVIII, se hacía con una sola frase en la Enciclopedia Británica y decía “algo nuevo o de nuestro tiempo en oposición a lo que es antiguo” (J.B. Brunner). Ya no se trata de novedades solamente sino que todo está sujeto a conocimiento y éste se alarga hasta el infinito. El futuro, angustiosamente, se nos vuelve más importante e inquietante que el pasado y el propio presente. Todo se vuelve transitorio, fugitivo, contingente, como decía Baudelaire.

Para los historiadores, la modernidad se vincula fundamentalmente al siglo XVIII, con antecedentes definidos desde el siglo XIV. Para J.J. Brunner, la modernidad es un proceso de larga duración, múltiple, complejo y diverso y que debe ser abordado como época, estructura institucional, experiencia vital y discurso. Como es lógico pensar, muchos son los discursos sobre la modernidad, complementarios unos, contradictorios otros; pero todos, al fin, convergen en una sola idea o principio propio de la filosofía de la historia: la vía o vías del progreso y del desarrollo, marcado éste de manera indeleble e inevitable por la ciencia y la tecnología —como decía Popper—, en cuyo proceso, la heterogeneidad antropológica y cultural es sacrificada en beneficio de la unidimensionalidad del poder y de la economía globalizada.

Éste es el interrogante más difícil de despejar: ¿hay un camino propio y específico de América Latina (y de África y de Asia) hacia el futuro? Pero mientras intentamos responder, el mundo, como morada única del género humano, clama desde sus desigual-

dades violentas e inhumanas, tal como lo ha establecido claramente las Naciones Unidas: 50.000 muertes diarias por pobreza, 30.000 niños menores de 5 años mueren; las 3 personas más ricas del mundo tienen más que 2.400 millones de personas y más riqueza que el PIB acumulado de los 49 países más pobres. De cada 100 habitantes de la tierra, 20 son ricos y 80 pobres (B. Kliskberg). El Norte rico mantiene abandonado al Sur pobre (igual que los ricos de los países pobres han abandonado a sus propios pobres). La ONU habla de un 7% del PIB de los países ricos para ayudar al mundo pobre y apenas se destina a ello un miserable 0.22%, con la encomiable excepción de Noruega, Dinamarca, Suecia, Finlandia, Holanda y Canadá, cuya ayuda se ubica en el 7% exigido por las Naciones Unidas.

El Papa tiene razón cuando dice que lo primero que hay que globalizar es la solidaridad. El drama de nuestro tiempo es que, sin llegar a la plena modernidad, como decía O. Paz, países que no tuvimos Ilustración, ya estamos urgidos y convocados por la post-modernidad, definida ésta entre un nihilismo corrosivo como el que se dio en el siglo XX, entre el ser y la nada, como se dijo —un siglo sin Dios, pocos profetas y muchos mártires— y este siglo XXI, amenazado por el terrorismo sin fronteras y el terrorismo de Estado de la potencia hegemónica y de algunos otros países; además de los desequilibrios denunciados de pobreza, desigualdades y amenazas ecológicas y ambientales.

Frente a ello, las maravillas de la tecnociencia con sus posibilidades, pero también con sus riesgos y peligros. Nos empeñamos en la muerte de Dios y nos quisimos acostumbrar al silencio de Dios. Ya lo decía Holderlin, en el siglo XVIII: “Ay de mí, vaga en la noche, y como en los infiernos sin divinidad viene nuestra generación”.